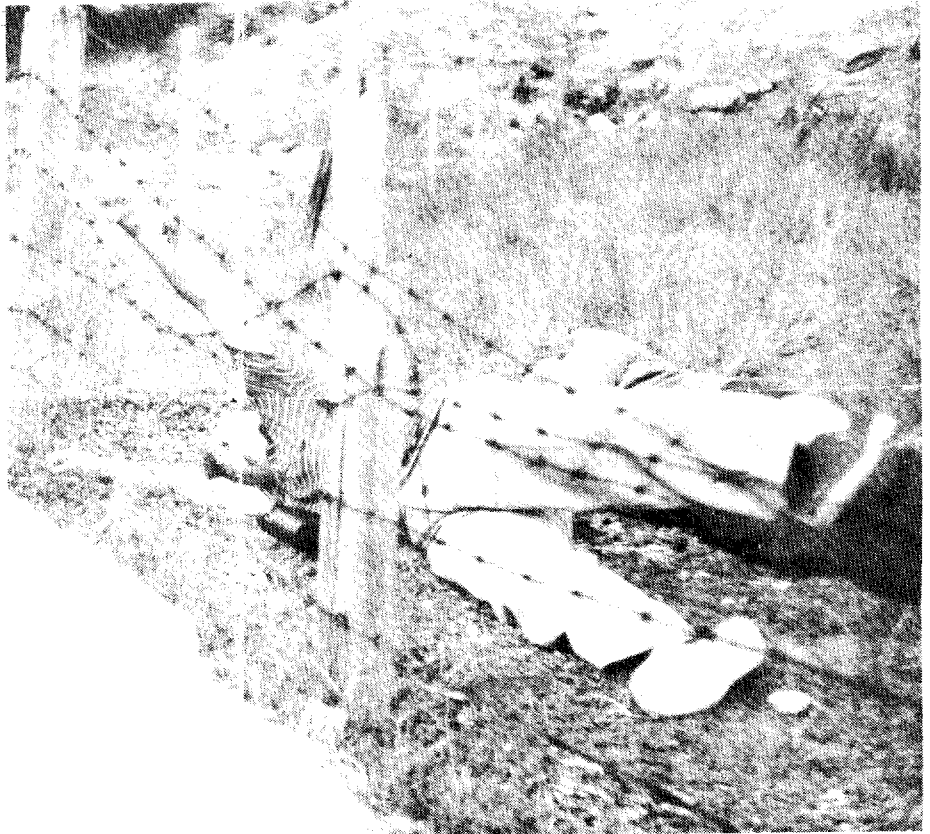


La esperanza de Don Gabino



En las cunetas
o en las
alambradas...

Don Gabino Díez Merchán, arzobispo de Oviedo y presidente de la Conferencia Episcopal Española, ha manifestado que el voto socialista es "el voto de la esperanza".

Nos cabe preguntarnos: de la esperanza ¿en qué?

¿En el divorcio? ¿En la escuela

la única estatal? ¿En el aborto? ¿En la legalización de la droga y de la homosexualidad? ¿En la enseñanza laica? ¿En la expropiación universal?

Es ya de suyo asombroso que un obispo católico —y elegido presidente de todos los obispos— haga una tal afirmación, y otras de

intención semejante. Pero es que en su autor concurren otras circunstancias ajenas a las dignidades que ocupa.

El Sr. Díez Merchán estudió la carrera eclesiástica con una beca otorgada por el Cardenal Plá y Denel, el prelado más afecto al Alzamiento Nacional y al "anterior régimen", y la protección del cardinal no cesó hasta verle obispo.

Pero hay algo más.

Dícese que la infancia y la adolescencia determinan fijaciones en la mente de todo hombre, por modo que las convicciones y emociones de esa época perduran a menudo durante toda la vida. Precisamente por eso el socialismo busca ante todo hacerse con el monopolio de la educación, y por eso también se encarniza en destruir a la familia. Mientras exista la familia y la educación paterna no se consolidará definitivamente el marxismo.

Al Sr. Díez Merchán le asesinaron los rojos —socialistas ellos— a su padre y a su madre, que aparecieron acribillados en una cuneta, cerca de Orgaz, a principios de 1936. Unos padres cristianos que no habían hecho mal a nadie y de los que procedía la educación cristiana —y la presunta vocación religiosa— del hoy arzobispo.

Estremece, pensando en los demás, la consideración de lo que un adolescente puede sentir ante hecho tan atroz. Pero para don Gabino no es esta una consideración en cabeza ajena, sino que se trata de sus propios padres, de su

misma sangre, de los suyos. Hay cosas en la vida que no justifican ciertamente, pero que disculparían en gran medida un impulso ciego de venganza.

Sería loable, y aun heroico, que un eclesiástico en tales circunstancias hubiese perdonado a los autores —si los conocía— y rezase por ellos. Pero ¿perdonar los móviles y el designio de quienes cometieron el crimen? ¿Es objeto de perdón la ofensa a Dios en sí misma considerada, la furia sacrilega, el odio antirreligioso? Santo sería que un eclesiástico víctima de tal horror decidiera de por vida no predicar más que el puro Evangelio para nunca "respirar por la llaga" la más legítima de las respiraciones del alma.

Pero ¿recomendar el voto socialista? ¿Alabar la doctrina de los propios asesinos?

Vuelve la misma pregunta: el voto de la esperanza ¿en qué?

¿En que los padres de los demás corran la misma suerte? ¿En que mueran bajo los mismos designios otra docena de obispos y otros diez mil eclesiásticos? ¿En que sean destruidos o incautados todos los templos y casas religiosas?

Es probable que el nombre de don Gabino pase a la historia con la misma aureola que el de don Oppas, el famoso obispo de la invasión sarracena. Pero, como en él coinciden circunstancias que no concurrían en don Oppas, es fácil también que pase, como caso clínico, a los tratados de psico-patología.

Rafael CAMBRA

¿HUELGA DE SACERDOTES?

De cara a los fieles, este Año Santo de la Redención tiene una proyección indeclinable: hay que facilitar, predicar y exhortar a la confesión personal. Da lástima que en muchos lugares los fieles no encuentren confesor. Hay una "huelga" no declarada pero trágicamente real de confesores; empezando por las iglesias cerradas a horas en que los fieles desean entrar. ¿No es una vergüenza que en pleno día de fiesta, durante horas propias de media mañana y tarde, muchas iglesias permanezcan cerradas, impidiendo la visita al Santísimo y no digamos la confesión? Hacen turnos las farmacias, los hospitales siempre están abiertos, y no digamos los lugares de pecado. Pero los santuarios de Dios permanecen cerrados en muchos sitios, por falta de celo de los sacerdotes y unas mentalidades cuadrículadas de burócratas, en vez de servidores del pueblo de Dios. Hay que abrir las iglesias pronto, y pasarse horas en los confesionarios, y predicar la confesión, y no engañar a los fieles con la proliferación de absoluciones colectivas en condiciones y circunstancias no admitidas por la Iglesia. La gran finalidad del Año Santo es que millones y millones de cristianos se confiesen. Por algo lo hace el Papa.

(Sacerdos, Abril 1983)